

EL MONOLOGO ELECTORAL

Por Gaspar ARIÑO

EL gran circo ha abierto de nuevo sus puertas. A medida que pasan los días, la presencia de los líderes políticos en los medios de opinión, en actos públicos, en la Prensa, en la radio y —cuando les dejan— en la televisión, se intensifica. Ya han sido difundidas las frases, las canciones, las imágenes y los colores de la campaña. Ya se les ha dicho a todos lo que deben decir o no decir. Ya los Bancos hicieron sus cuentas sobre las perspectivas electorales de unos y otros y han distribuido su dinero, con la esperanza de recuperar algo de él. Y, en fin, el gran espectáculo de los funambulistas —volatineros que hacen ejercicios en la cuerda floja— ha empezado. El pueblo español, soberano por un día —el de las elecciones—, escucha, una vez más, a unos y otros, mientras ofrece, con vieja zorrería, una gran incógnita en esta ocasión. Nadie sabe realmente lo que va a pasar.

No digo que algo de esto no sea necesario para estimular la participación política, aunque desde luego convendría abaratar un poco el espectáculo. Sin embargo, toda esta algarabía debería ir acompañada de algo más. Uno de los valores indiscutibles de la democracia es la obligada y periódica revalidación de la confianza de las gentes en una persona o un grupo de personas a las que se otorgó un día la dirección de los asuntos públicos. Confirmar o retirar la confianza es un acto de la razón, que exige análisis y evaluación de lo realizado. El Gobierno saliente debe rendir cuentas ante el pueblo español de lo que hizo durante el mandato que finaliza. Pero no sólo entre sus amigos, en ruedas de Prensa y mítines preparados, sino ante la oposición y ante las cámaras de televisión, que es hoy el verdadero foro nacional. La oposición debe hacer su crítica a aquella labor. Y unos y otros ofrecer un nuevo programa o plan de acción hacia el futuro. La democracia no puede funcionar correctamente sin un mínimo de honestidad y transparencia política, fruto en gran parte del debate abierto —y directo— entre los responsables políticos. Esa es la esencia de todo proceso electoral.

La libertad política, la del hombre de la ca-

lle, la de todos aquellos que no estamos en la carrera política, consiste precisamente en *elegir* y para ello tiene que *razonar*, sobre la base de una información *veraz* que los candidatos ofrezcan. Si éstos no se ajustan a la verdad, si mediante todas esas técnicas publicitarias que en estos días nos invaden, lo que se intenta es engañar a las gentes, éstas tienen el derecho a defenderse del engaño y a sancionar duramente a quienes no tienen respeto hacia ellos. Una democracia engañada, falseada, manipulada sistemáticamente por la valla, el póster y la farándula no es de recibo. El debate democrático en profundidad y por extenso no puede ser sustituido por la propaganda masiva. Eso es más propio de un país tercermundista que de un país europeo.

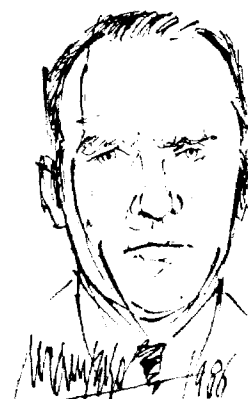
Viene todo esto a cuento de esa polémica creciente sobre el necesario debate entre los dos principales líderes, del Gobierno y la oposición. Yo he escrito más de una vez que España es un país sin debate político verdadero, ni en el Parlamento, ni, desde luego, en la Televisión. Aquí lo que hay son monólogos sucesivos que aburren a las ovejas. Otra vez estamos ante los «espacios gratuitos» de radio y televisión, en los que una serie sucesiva de bustos parlantes nos cuentan sus batallas, precedidos de la consabida musiquilla, la ventana que se abre al horizonte o el sol de la mañana que se levanta. Hay que tener más respeto al pueblo español, que no es necio ni menor de edad. No se puede vender la opción política como un detergente.

No basta tampoco la entrevista con la Milá de turno, complaciente con unos, agresiva con otros y siempre superficial. Aquí hace falta el debate cara a cara entre los principales líderes, ante un panel de periodistas con

ideas, que provoquen y centren el diálogo. No es ésta una cuestión de estrategia electoral sobre la que puedan disponer libremente los partidos; no es algo que pueda ser aceptado o rechazado por éstos según sus conveniencias. Esta es una cuestión de ética política, de salud pública, de autenticidad del sistema. Los debates parciales que hemos visto hasta ahora entre algunos ministros y los hombres de la oposición han sido enriquecedores, mucho más ilustrativos para el ciudadano que tantos mítines y declaraciones que tienen el dicerio como sistema. El debate es un derecho del pueblo español.

El proceso electoral es un juicio —se juzga una gestión de Gobierno que ha durado cuatro años— en el que el juez es el pueblo. Este tiene derecho a que le rindan cuentas en directo y si intermediarios, de acuerdo con el principio de contradicción, que es el que preside todos los juicios. Negarse a ello, aparte de ser muy poco democrático, resaltaría en principio sospechoso. El ciudadano tiene derecho a de-

confiar de quien no quiere dar cuenta y razón de sus actos porque es evidente que hay en ello una mal disimulada voluntad de engaño y ocultación. Bienvenida sea la encuesta y propaganda, los mítines y los discursos, la cña radiofónica y el póster en la pared —nada dulce y sonrisa atractiva— si con todo ello se estimula al electorado. Pero el pueblo español no es masa, ni rebaño, al que hay que conducir. Merece algo más. En todos los países de nuestro entorno, la saludable práctica del debate público ante las Cámaras sobre las principales cuestiones que tiene planteada la nación es algo que se establece imponiendo y uno no acaba de entender por qué aquí cuesta tanto. La polémica en torno a quiénes han de ser los protagonistas no sería. Guste o no guste, aquí no hay más que dos protagonistas, al menos por el momento. Todo lo demás son escapismos.



Gaspar Ariño Ortiz
Catedrático de Derecho
Administrativo